

GENEALOGÍA Y DISCURSO. DE NIETZSCHE A FOUCAULT*

Javier Rujas Martínez-Novillo

Universidad Complutense de Madrid

Resumen.- Este artículo se propone explorar el vínculo existente entre la obra de Friedrich Nietzsche y la de Michel Foucault en una de sus líneas específicas de conexión: la de la genealogía. En particular, entendiendo la genealogía como un proyecto de análisis iniciado por Nietzsche y reapropiado (y reelaborado) de una forma singular por Foucault, analizamos en este trabajo su relación con una determinada actitud hacia la verdad, los principios teóricos que fundamentan su particular mirada y, finalmente, su método, con especial atención al lugar que en él ocupa el discurso.

Palabras clave.- *Genealogía, discurso, Nietzsche, Foucault.*

Abstract.- This paper sets out to explore the existing link between the work of Friedrich Nietzsche and that of Michel Foucault in one of its specific lines of connection: genealogy. In particular, understanding genealogy as a project of analysis initiated by Nietzsche and reappropriated (and reelaborated) in a singular way by Foucault, in this work we analyse its relation to a particular attitude towards truth, the theoretical principles on which its particular gaze is founded and, finally, its method, paying special attention to the place discourse takes in it.

Keywords.- *Genealogy, discourse, Nietzsche, Foucault.*

1. Introducción

La importancia de la figura de Michel Foucault en el pensamiento occidental a partir del último tercio del siglo XX parece suscitar un amplio consenso. Directa o indirectamente reconocido por sus deudores, admiradores o detractores, sus obras no han pasado desapercibidas en el ámbito de las ciencias humanas y sociales y, especialmente, en lo que se refiere al análisis del discurso.

Sin embargo, son menos los autores que, en ciencias sociales, reivindican o reconocen directamente la influencia de un pensador como Friedrich Nietzsche, autor, sin embargo, muy presente e influyente en la obra de Foucault y cuyos trabajos ofrecen innumerables pistas para el análisis de la realidad social. El acercamiento entre estos dos autores no responde a un criterio puramente

* Agradezco al profesor Félix Recio (Departamento de Sociología IV, UCM) sus inspiradoras clases, sin las cuales este artículo no habría sido pensado ni redactado.

arbitrario, ni al simple gusto por el juego teórico, sino a un deseo de comprender la propuesta genealógica, su alcance y utilidad para las ciencias sociales, reconstruyendo algunas de las líneas que llevan de la genealogía nietzscheana a la genealogía foucaultiana, entendiendo la segunda como un desarrollo y una apropiación singular y deliberada de la primera. Apropiación que, además, adquiere mayor relevancia en la medida en que Foucault la utiliza para realizar un “giro” con respecto a etapas o elementos anteriores de su pensamiento, transitando de un momento más *arqueológico* (*Historia de la locura en la época clásica*, *Las palabras y las cosas*, *La arqueología del saber*) a uno más *genealógico* (*Vigilar y castigar*, *Historia de la sexualidad*), y para desmarcarse del estructuralismo reinante. Las obras que aquí analizamos se encuentran precisamente en este espacio de tránsito.

A través de algunos textos señalados de ambos autores (ver Bibliografía), el presente trabajo tiene como objetivo analizar la génesis del proyecto *genealógico* –sus fundamentos teóricos y propuestas metodológicas, más que sus aplicaciones concretas- en Foucault a partir de Nietzsche, así como la centralidad que adquiere el *discurso* en éste. El recorrido de un autor a otro nos permitirá así reconstruir con toda una serie de principios y conceptos la *mirada* del genealogista que, en toda sociedad, se enfrenta a la tarea de construir el acontecimiento (noción central que intentaremos esclarecer más adelante) a partir de una compleja malla de discursos en movimiento¹.

2. La verdad en el punto de mira

Si por algo se hacen incómodos Nietzsche y Foucault es por su actitud hacia cuestiones como la verdad o la moral. Su forma particular de problematizarlas, relativizándolas, despojándolas de su carácter universal, esencial, indiscutible, les ha convertido sin duda en autores malditos para muchos.

Su actitud y posicionamiento con respecto a la “*verdad*” es determinante para el planteamiento teórico-metodológico de sus singulares filosofías y, más aún, de sus respectivas *genealogías*. En Nietzsche y Foucault, la *verdad* es despojada de su supuesta esencia objetiva e inmutable, de su status superior y trascendental, de su carácter sagrado, de su bondad y moralidad supremas, del “orgullo” cegador que inspira a los hombres y les llena de “vanidad” (Nietzsche, 1873: 18, 19) y es rebajada al nivel de la humanidad real, mediocre, falsa, embustera, cruel, a los “bajos fondos” (Foucault, 1971: 140) de esa humanidad de la que reniega y que oculta, al nivel de lo contingente, “irrisorio”, “disparatado”, “irónico” (Foucault, 1971: 138-139). La verdad se reinserta en el *devenir*: es un “invento”, un producto histórico, fruto de diversos avatares,

¹ Si bien analizamos en este trabajo la relación entre la genealogía nietzscheana y la genealogía foucaultiana en una vertiente teórica, sería de vital interés analizar la genealogía en sus aplicaciones a campos concretos. Por otro lado, tampoco analizamos la relación de la genealogía con las propuestas clásicas de la sociología histórica, cuestión que ya han abordado autores como J. Varela y F. Álvarez-Uría (1997).

luchas, azares, errores, embustes. Es su historia –olvidada- lo que la constituye como verdad:

“¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas, sino como metal.” (Nietzsche, 1873: 25)

“La verdad, especie de error que tiene a su favor el no poder ser refutada, sin duda porque la larga cocción de la historia la ha vuelto inalterable.” (Foucault, 1971: 139)

Pero no se trata únicamente de “verdades oficiales” o ideológicas frente a “verdades profundas” que habría que descubrir tras las primeras. No se trata únicamente de arrancar el velo de las apariencias que oculta las esencias. Nietzsche y Foucault van más allá de esta sospecha y atacan al propio *realismo* que presupone una esencia profunda de las cosas, una identidad última inalterable que se expresaría en manifestaciones superficialmente diferentes. Para ellos, esta esencia no es, sin embargo, más que el *concepto* elaborado a partir de la igualación de lo distinto, de la subsunción de lo diferente en lo idéntico:

“Del mismo modo que es cierto que una hoja no es igual a otra, también es cierto que el concepto hoja se ha formado al abandonar de manera arbitraria esas diferencias individuales, al olvidar las notas distintivas, con lo cual se suscita entonces la representación, como si en la naturaleza hubiese algo separado de las hojas que fuese la “hoja”, una especie de arquetipo primigenio a partir del cual todas las hojas habrían sido tejidas, diseñadas, calibradas, coloreadas, onduladas, pintadas, pero por manos tan torpes, que ningún ejemplar resultase ser correcto y fidedigno como copia fiel del arquetipo. [...] Esto significa a su vez: la hoja es la causa de las hojas. [...] Creemos saber algo de las *cosas mismas* cuando hablamos de árboles, colores, nieve y flores y no poseemos, sin embargo, más que *metáforas de las cosas* que no corresponden en absoluto a las esencias primitivas.” (Nietzsche, 1873: 23-24)

Esas metáforas de las cosas, esos conceptos organizados en esquemas y abstracciones, se *endurecen y petrifican*, constituyen un *armazón de saber* que ordena arbitrariamente el mundo: construye un “orden piramidal por castas y grados”, instituye “un mundo nuevo de leyes, privilegios, subordinaciones y delimitaciones, que ahora se contrapone al otro mundo de las primitivas impresiones intuitivas como lo más firme, lo más general, lo mejor conocido y lo más humano y, por tanto, como una instancia reguladora e imperativa” (Nietzsche, 1873: 26). En términos de Foucault, el *discurso* es “una violencia

que se ejerce sobre las cosas”, una “práctica que les imponemos” (1970: 53) y que separa, delimita, jerarquiza, excluye, controla.

Por otro lado, además de esta voluntad compartida de problematizar la verdad, una de las obsesiones de ambos es aquél fantasma que parece recorrer la historia entera de la humanidad desde tiempos inmemoriales y que les suscita la mayor de las sospechas: ese “*impulso hacia la verdad*” (Nietzsche, 1873: 20), esa *voluntad de verdad* que caracteriza a la *voluntad de saber* (Foucault, 1970), y que ambos, en su diagnóstico, ven como una tendencia histórica (contingente) propia de la cultura occidental. Lo que ven como una absurda e ingenua búsqueda del saber se redobra con esa búsqueda de lo *verdadero* que caracteriza según ellos a nuestra cultura y cuya oposición a lo *falso* es para ambos una “separación históricamente constituida” y arbitraria (Foucault, 1970: 19).

Es, además, un *sistema de exclusión*. El mentiroso “utiliza las designaciones válidas, las palabras para hacer aparecer lo irreal como real” (Nietzsche, 1873: 20), es decir, *está “en la verdad”* según la expresión de Georges Canguilhem, en el interior de los límites legítimos del discurso (lo que Foucault denomina el principio de disciplina, 1970: 36). Esos límites (“convenciones del lenguaje”, según Nietzsche, 1873: 21) excluyen otras “verdades”, otros discursos, que quedan en una especie de “*exterioridad salvaje*” (Foucault, 1970: 38), pero además empujan en su interior hacia las proposiciones verdaderas a través de esa partición verdadero-falso que ensalza el primero de los términos:

“A partir del sentimiento de estar comprometido a designar una cosa como “roja”, otra cosa como “fría” y una tercera como “muda”, se despierta un *movimiento moral hacia la verdad*: a partir del contraste con el mentiroso, en quien nadie confía y a quien todo el mundo excluye, el hombre se demuestra a sí mismo lo honesto, lo fiable y lo provechoso de la verdad” (Nietzsche, 1873: 26)

Ese querer-saber y ese querer-saber-la-verdad ocultan en su arbitrariedad la injusticia, la maldad, lo individual, lo diferente, lo irracional, lo azaroso, lo intuitivo en el hombre. Son peligrosos, inquisidores, *hostiles a la vida*. Es esto lo que permite a ambos autores tomar la necesaria distancia crítica para fundar el proyecto genealógico, y lo que les impulsa a iniciar una *historia de la moral* (Nietzsche) y una *historia de la verdad* (Foucault) respectivamente². Debemos, en palabras de Foucault, “replantearnos nuestra voluntad de verdad” (Foucault, 1970: 51).

² Foucault también denomina a su proyecto una *historia de las problematizaciones* en la introducción del volumen 2 de la *Historia de la sexualidad, El uso de los placeres* (Edición española en Siglo XXI editores, 2005).

3. La genealogía, un nuevo tipo de mirada histórica

Foucault toma a principios de los setenta el término *genealogía* de la obra de Nietzsche para fundar un nuevo proyecto de análisis. En este caso, no se tratará tanto de una *arqueología del saber*, es decir, de un estudio de los “suelos de emergencia” (Recio, 1986: 208) o de las condiciones de posibilidad de los acontecimientos (los sistemas de “exclusión” y “delimitación”; Foucault, 1970), aunque ésta no deje de estar presente. La genealogía se da por objeto la “*singularidad de los acontecimientos*” (Foucault, 1971: 136), el modo específico en que su irrupción o emergencia en un determinado campo de fuerzas y posibilidades, modifican y reconfiguran dicho estado de cosas.

De la búsqueda del origen a la búsqueda del comienzo

La *genealogía de la moral* de Nietzsche se presenta desde el prólogo de la obra como un intento de buscar la “procedencia de nuestros prejuicios morales” (Nietzsche, 1887: 22), el origen del bien y del mal. La cuestión del *origen* de la moral así planteada busca responder a la pregunta: “¿cómo se *fabrican* los ideales en la tierra?” (Nietzsche, 1887: 61). Por ello, como bien señala Foucault, la cuestión del origen en la genealogía nietzscheana se opone a la tradicional *búsqueda del origen* de los “psicólogos ingleses” (Nietzsche, 1887: 35). Para sistematizar esta oposición radical entre ambas perspectivas, Foucault recurre en *Nietzsche, la genealogía y la historia* a una distinción entre distintos términos alemanes (Ursprung, Herkunft) utilizados de forma más o menos ambigua por Nietzsche, para elaborar el siguiente principio: la genealogía se ocupa de los *comienzos*, no de los *orígenes*.

La genealogía se opone a la *búsqueda del origen*. No es una simple génesis lineal que se encargaría de desplegar “significaciones ideales e indefinidas teleologías” (Foucault, 1971: 137). No es una búsqueda metafísica del origen mítico que serviría de principio (entendido a la vez como inicio y como ley o finalidad) a toda la historia posterior.

En su sistematización de la perspectiva de Nietzsche, Foucault señala que la genealogía se opone uno a uno a los *postulados* de la búsqueda del origen. Si la última busca la *esencia de las cosas*, su identidad primera y más pura, inalterable y anterior a todo desarrollo histórico, la primera nos dice que

“Detrás de las cosas hay una “cosa bien distinta”: en absoluto su secreto esencial y sin fecha, sino el secreto de que *no tienen esencia*, o de que *su esencia fue construida pieza por pieza a partir de figuras que le eran extrañas*” (Foucault, 1971: 138).

La genealogía no presupone *esencias*, las niega radicalmente. Este es su primer principio. Las esencias son producidas, construidas históricamente a partir de elementos heterogéneos y dispersos. Toda “cosa” tiene una historia:

“la historia entera de una “cosa”, de un órgano, de un uso, puede ser así una ininterrumpida cadena indicativa de interpretaciones y reajustes siempre nuevos, cuyas causas no tienen siquiera necesidad de estar relacionadas entre sí, antes bien a veces se suceden y se relevan de un modo meramente casual” (Nietzsche, 1887: 100).

El *comienzo* se encuentra así en la “discordia”, en el “disparate” (Foucault, 1971: 138), allí donde se inventa y fabrica históricamente la esencia de la cosa. El segundo postulado de la perspectiva de la búsqueda del origen es aquél que supone en el principio de las cosas su estado más perfecto y elevado, una pureza que coloca al origen del lado de los dioses. La genealogía le opone así el *comienzo*, “bajo”, “irrisorio”, “irónico”, como el del propio hombre, que se consideró de *origen* divino cuando, en realidad, en su *comienzo* estaba el mono (Foucault, 1971: 139).

El tercer postulado de la búsqueda del origen sitúa en el origen el *lugar de la verdad*. La verdad de la cosa aparece así como un punto *anterior* a cualquier conocimiento, a cualquier verdad del discurso, que no vendría sino a cubrirla y ocultarla. Desconocida, la verdad sobreviviría inalterada detrás del velo de las apariencias. Para la genealogía, sin embargo, la verdad no es anterior al discurso, no permanece en ningún lugar anterior a la espera de ser desvelada:

“detrás de la verdad, siempre reciente, avara y comedida, está la proliferación milenaria de los errores. [...] La verdad, especie de error que tiene a su favor el no poder ser refutada, sin duda porque la larga coacción de la historia la ha vuelto inalterable. [...] La verdad y su reino originario tienen su historia en la historia.” (Foucault, 1971: 139-140)

El *lugar de la verdad* no está en un supuesto momento anterior, sino en la historia y en su continuo fluir. Se hace y deshace en ella. Como veremos más adelante, aquí entran en juego luchas, poderes, dominaciones.

La genealogía sustituye el *origen*, entendido como esencia ahistórica de la cosa, alta y perfecta, único lugar de la verdad, por el *comienzo histórico*, entendido como invención dispersa de la cosa, allí donde no se la busca y menos se la espera, abajo, inserta en la historia y convertida en verdad por ella. No busca en el origen de la cosa su *finalidad*, construyendo su historia a partir de ésta como un desarrollo lineal y teleológico. Busca en el comienzo histórico la *singularidad* del acontecimiento, ajeno a toda finalidad, su surgir y resurgir discontinuo en diferentes momentos y escenarios, su irrupción desordenada y azarosa.

Procedencia y cuerpo

Afinando aún más la idea de *comienzo*, Foucault define –jugando de nuevo con los términos alemanes originales- dos conceptos que podrían considerarse

como caras inseparables del mismo, ambas objeto de estudio de la genealogía: la *procedencia* (Herkunft) y la *emergencia* (Entstehung).

La *procedencia* no se referiría a los rasgos genéricos que se pueden encontrar en un individuo, sentimiento o idea, para asimilarle a un “tipo” o categoría general. Se trataría más bien de disociar, “allí donde el alma pretende unificarse, allí donde el Yo se inventa una identidad o una coherencia” (Foucault, 1971: 141), aquello que se presenta bajo un aspecto único mostrándolo en su forma de “síntesis vacía” de multitud de elementos diversos, mostrando la “*proliferación de acontecimientos* a través de los cuales (gracias a los cuales, contra los cuales) se han formado” (Foucault, 1971: 141):

“Seguir la ramificación compleja de la procedencia, es al contrario *mantener lo pasado en la dispersión que le es propia*: es localizar los accidentes, las ínfimas desviaciones –o al contrario las inversiones completas-, los errores, las faltas de apreciación, los malos cálculos que han dado lugar a lo que existe y es válido para nosotros: es descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no están en absoluto la verdad y el ser, sino la *exterioridad del accidente*.” (Foucault, 1971: 141)

El estudio de la procedencia en la genealogía no disuelve en lo unitario y coherente la diversidad de lo accidental, lo heterogéneo, lo disperso, sino que lo analiza en este estado de fragmentación, rompiendo cualquier tipo de unidad pretendida o supuesta.

Por último, la procedencia tiene que ver con el *cuerpo*. Como Nietzsche, Foucault desconfía del “individuo”, del “sujeto”, al que se asocian la conciencia, la autonomía, la trascendencia, la libertad. Nietzsche dirá que la “voluntad libre” es una invención (1887: 90) y que:

“el sujeto (o, hablando de un modo más popular, el *alma*) ha sido hasta ahora en la tierra el mejor dogma, tal vez porque a toda la ingente muchedumbre de los mortales, a los débiles y oprimidos de toda índole les permitía aquel sublime autoengaño de interpretar la debilidad misma como libertad, interpretar su ser-así-y-así como *mérito*.” (Nietzsche, 1887: 61)

“no hay ningún “ser” detrás del hacer, del actuar, del devenir; “el agente” ha sido ficticiamente añadido al hacer, el hacer es todo.” (Nietzsche, 1887: 59)

Para Nietzsche, como vemos, no hay sujeto, sino sólo acción, sólo práctica ligada a una mayor o menor fortaleza, a un organismo. De esta misma voluntad de pensar la acción del “individuo” sin presuponer una conciencia o una libertad de elección, ligándola a lo orgánico, a lo fisiológico mismo, nace el concepto metafórico de *cuerpo* en Foucault:

“El *cuerpo*: superficie de inscripción de los acontecimientos (mientras que el lenguaje los marca y las ideas los disuelven), lugar de disociación del Yo (al

cual intenta prestar la quimera de una unidad sustancial), volumen en perpetua disgregación³” (Foucault, 1971: 143)

En este sentido, el cuerpo es el lugar de la procedencia: en él se inscribe lo pasado, él lleva consigo “la sanción de toda verdad y de todo error” (Foucault, 1970: 142) transformados en instintos, impregnando sus propios órganos. Su fuerza o debilidad proviene de esta *inscripción*. El análisis genealógico de la procedencia encuentra su lugar, por tanto, en la *articulación entre el cuerpo y la historia*: “debe mostrar todo cuerpo impreso de historia, y la historia arruinando el cuerpo” (Foucault, 1970: 143).

Emergencia, dominación e interpretación

La otra cara del comienzo que estudia la genealogía es la de la *emergencia*: “el punto de surgimiento”, “el principio y ley singular de una aparición” (Foucault, 1971: 143). Frente al finalismo, el estudio de la emergencia debe hacer aparecer el final no como causa o principio explicativo de la misma, sino, al contrario, como el momento presente de una serie de “avasallamientos” y dominaciones. En este punto, resuenan claramente las palabras de Nietzsche:

“todo acontecer en el mundo orgánico es un subyugar, un enseñorearse, y [...] a su vez todo subyugar y enseñorearse es un reinterpretar, un reajustar, en los que, por necesidad, el “sentido” anterior y la “finalidad” anterior tienen que quedar oscurecidos o incluso totalmente borrados. [...] las finalidades, todas las utilidades son sólo indicios de que una voluntad de poder se ha enseñoreado de algo menos poderoso y ha impreso en ello, partiendo de sí misma, el sentido de una función. [...] El “desarrollo” de una cosa, de un uso, de un órgano es, según esto, cualquier cosa antes que su *progressus* hacia una meta, y menos aún un progreso lógico y brevísimo, conseguido con el mínimo gasto de fuerza y de costes, -sino la sucesión de procesos de avasallamiento más o menos profundos, más o menos independientes entre sí, que tienen lugar en la cosa, a lo que hay que añadir las resistencias utilizadas para contrarrestarlas, las metamorfosis intentadas con una finalidad de defensa y de reacción, así como los resultados de contraacciones afortunadas.” (Nietzsche, 1887: 100)

La emergencia se da en un cierto *estado de fuerzas*, en medio de un juego de luchas, dominaciones dinámicas y “azarosas” que se alternan. La interpretación de la emergencia desde su finalidad o utilidad es el fruto de una dominación, de un poder que ha impuesto una interpretación.

Pero, la emergencia es también la entrada en esa escena de nuevas fuerzas, su irrupción -y con ello modificación, desplazamiento, sustitución- en un lugar

³ Aquí Foucault emplea el término francés *effritement*, que puede traducirse también como desmembramiento, división, descomposición.

de enfrentamiento abierto, definido únicamente por la distancia que separa a los elementos contendientes.

La emergencia, de la que nadie es responsable (Foucault, 1971: 144), hace su entrada en plena representación de la dominación -ritualizada, encarnada en sistemas de *reglas* que aseguran la satisfacción de la violencia-. Pero, las reglas permiten también desplazar o sustituir la relación de dominación por otra, cuando otro se ampara de ellas y les impone una nueva dirección, es decir, cuando aparece y se impone una nueva *interpretación*. La genealogía se encarga, según Foucault, de analizar la serie de interpretaciones que se sustituyen, desplazan, superponen, en sus respectivas emergencias, “haciéndolas aparecer como acontecimientos en el teatro de los procedimientos” (Foucault, 1971: 146).

El sentido histórico

La genealogía no es historia y, sin embargo, en su búsqueda de la procedencia y la emergencia necesita a la historia. ¿Cuál es entonces su relación con la historia en su sentido tradicional? De nuevo, aquí Foucault recurre a las pistas que encuentra en la obra de Nietzsche y en la idea de “espíritu” o “sentido histórico”, rasgo central que caracterizaría a una *historia efectiva de la moral* (Nietzsche, 1887: 29; Foucault, 1971: 146), encuentra el elemento que permitirá a la perspectiva genealógica distinguirse de la historia tradicional.

Si la “historia de los historiadores” (Foucault, 1971: 146) se caracteriza por un *punto de vista supra-histórico* que busca integrar la diversidad en una totalidad cerrada, que se sitúa fuera del tiempo, en una pretendida objetividad, que va en busca de una verdad eterna, el *sentido histórico* del genealogista se opone radicalmente a ella. La genealogía rechaza apoyarse sobre cualquier *absoluto*, rechaza lo pretendidamente *universal*. La genealogía es:

“una mirada que distingue, reparte, dispersa, deja jugar a las diferencias y los márgenes –una especie de *mirada disociante* capaz de disociarse de sí misma y de borrar la unidad de ese ser humano que supuestamente debiera conducirla soberanamente hacia su pasado.” (Foucault, 1971: 147)

Es así –disociando, separando, rompiendo lo absoluto- como el sentido histórico “reintroduce en el devenir todo lo que se había creído inmortal en el hombre” (Foucault, 1971: 147): sentimientos, instintos, cuerpos, todos ellos tienen una historia, se configuran y modelan históricamente. Rechazando lo universal, lo absoluto, lo constante, el sentido histórico rechaza toda pretensión cómoda de aprehender la totalidad como continuidad reconocible. La historia “efectiva” lleva la *discontinuidad* lo más lejos posible, a lo más profundo de nuestro ser, para no dejar “nada por encima de ella” (Foucault, 1971: 147). No le interesa *comprender*, sino *partir, cortar y recortar*.

Para ello, desplaza su atención de la continuidad ideal y necesaria al acontecimiento en toda su singularidad y unicidad, entendiendo por *acontecimiento*:

“no una decisión, un tratado, un reino, o una batalla, sino una relación de fuerzas que se invierte, un poder confiscado, un vocabulario retomado y vuelto contra sus utilizadores, una dominación que se debilita, se distiende, se envenena a sí misma, otra que hace su entrada, enmascarada.” (Foucault, 1971: 148)

Se trata, por tanto, de fuerzas en juego en una lucha cuyo azar marca al acontecimiento con el signo de la singularidad. El sentido histórico no entiende –no quiere entender- de providencias ni causas finales, sino sólo del *azar* entendido no como un mero “sorteo”, sino como “el riesgo siempre relanzado de la voluntad de poder que a toda salida del azar opone para controlarla el riesgo de un mayor azar todavía” (Foucault, 1971: 148). El *azar* es, por tanto, a la vez aquello que inevitablemente hace singular al acontecimiento y aquello que las fuerzas en juego buscan dominar, controlar. El sentido histórico reintroduce así el azar “como categoría en la producción de acontecimientos” (Foucault, 1970: 58), no reconociendo en el mundo más que “miríadas de acontecimientos perdidos” y “enmarañados” (Foucault, 1971: 148-149).

El sentido histórico también opone a la mirada de la historia tradicional, dirigida hacia arriba, hacia las lejanas alturas de lo noble, elevado y puro de épocas pasadas, una perspectiva que *mira de cerca* –los cuerpos- y *hacia abajo* –hacia lo decadente, la barbarie, lo bajo, etc.-, pero guardando la *distancia desde arriba*: “sumergiéndose para captar las perspectivas, desplegar las dispersiones y las diferencias, dejar a cada cosa su medida y su intensidad” (Foucault, 1971: 149), se acerca lo más cerca posible, para luego volver a alejarse y volver a considerarlo desde la distancia -como hace el médico-.

Finalmente, el sentido histórico de la genealogía se sabe y reconoce *perspectiva*: no busca refugio en una supuesta objetividad, sino que reconoce mirar desde un lugar, desde un momento, bajo un determinado ángulo, tomando partido, apreciando deliberadamente, guiado por su pasión. Es una mirada que “sabe tanto *desde donde* mira, como *lo que* mira” (Foucault, 1971: 150), abriendo de ese modo la posibilidad de hacer su propia genealogía.

Haciendo un repaso de aquellos principios que definen y orientan teóricamente el proyecto genealógico, entendemos ahora mejor por qué se trata de una *mirada histórica singular* y se clarifica el propósito que así enunciaba Nietzsche en el prólogo de la *Genealogía de la moral*:

“Se trata de *recorrer con preguntas totalmente nuevas* y, por así decirlo, *con nuevos ojos*, el inmenso, lejano y tan recóndito país de la moral [o de la verdad en general, podríamos decir] – de la moral que realmente ha existido, de la moral realmente vivida: ¿y no viene esto a significar casi lo mismo que *descubrir por vez primera* tal país?...” (Nietzsche, 1887: 28-29)

4. El método de la genealogía⁴

Si la genealogía se caracteriza por esa *mirada* con sentido histórico de la que señalábamos en el apartado anterior los principios principales, esos “nuevos ojos” aparecen en Nietzsche y Foucault acompañados de un *método*, de una forma concreta de acercarse a esa singularidad de los acontecimientos que tiene por objeto. Se trata de una mirada *metódica* -estudiosa, rigurosa y erudita, no meramente contemplativa o especulativa- que busca satisfacer su curiosidad a través de la investigación concienzuda, armándose de materiales y técnicas más o menos definidos. También encuentra Foucault en Nietzsche las pistas necesarias para desarrollar los principios metodológicos de la genealogía.

El color “gris” de la genealogía

Criticando de nuevo la perspectiva de la *búsqueda del origen* (de la moral), Nietzsche rechazaba en *La genealogía de la moral* “esas hipótesis inglesas que se pierden en el azul del cielo” (1887: 29), oponiéndole así el color *gris*, que debiera ser el de la genealogía:

“¡Pues resulta evidente cuál color ha de ser cien veces más importante para un genealogista de la moral que justamente el azul; a saber, el *gris*, quiero decir, lo fundado en documentos, lo realmente comprobable, lo efectivamente existido, en una palabra, toda la larga y la difícilmente descifrable escritura jeroglífica del pasado de la moral humana?” (Nietzsche, 1887: 29)

Frente al azul del cielo, del metafísico que mira siempre arriba, a las alturas, a lo bello, la genealogía se dirige abajo, al gris de los documentos, los sótanos y los archivos. Recuperando este color como metáfora del método genealógico, Foucault inicia así su texto *Nietzsche, la genealogía y la historia*:

“La genealogía es gris; es meticulosa y pacientemente documentalista. Trabaja pergaminos embrollados, garabateados, varias veces reescritos. [...] exige por tanto la minuciosidad del saber, un gran número de materiales amontonados, paciencia. [...] En pocas palabras, un cierto ensañamiento en la erudición” (Foucault, 1971: 136)

El método genealógico exige así un trabajo paciente de documentación, de búsqueda, acumulación y examen de materiales escritos o dichos. Pero estos materiales los busca el genealogista allí donde menos se los espera, en “bajos fondos”, en márgenes, en lo dicho cotidianamente. Los busca y encuentra en

⁴ En esta parte, nos limitamos a algunos principios generales del método genealógico. Para un análisis más concreto, y aplicado a un caso concreto, de este método, recomendamos un reciente trabajo de Álvarez-Uría (2008).

ámbitos heterogéneos y dispersos, es decir, en los múltiples y diferentes escenarios posibles de aparición del acontecimiento.

Trabajar con discursos

Nietzsche, como buen filólogo, se centra en una evolución etimológica para sustentar su diagnóstico de una *transvaloración* de los valores en nuestra cultura, que habría invertido radicalmente, especialmente con la tradición judeo-cristiana, la noción de lo bueno (de alta estirpe, guerrero, noble, aristocrático, fuerte, etc.) y lo malo (débil, bajo, de baja extracción, etc.), haciendo aparecer aquello que evocaba el primer término como “malvado” y aquello evocado por el segundo como “bueno”, fruto de un resentimiento milenarista de los débiles hacia los fuertes. Relacionando, por ejemplo, el término latino *bonum* –bueno- con *bellum* – guerra-, o, en alemán, *schuld* –culpa- con *schulden* –tener deudas-, interpreta la evolución etimológica y lingüística como síntoma de un triunfo de la *moral de los esclavos* en occidente.⁵

Foucault, sin embargo, desplazará el centro de atención de la genealogía de la evolución del sentido de las palabras (*etimología*), entendida en Nietzsche como síntoma de una evolución en la moral, a los *discursos* (y su serie), entendidos como síntoma -y parte constitutiva y constituyente- de la irrupción del acontecimiento.

El análisis genealógico trata así de ir más allá de las “batallas, decretos, dinastías o asambleas” para situar el acontecimiento a partir de una diversidad de conjuntos, de capas más o menos profundas, de carácter más o menos decisivo, más o menos raro. Para ello, dirige su atención hacia documentos cotidianos y grises, archivados, como “discursos de apertura de sesiones”, “actas notariales”, “registros de parroquia”, “registros portuarios comprobados año tras año, semana tras semana” (Foucault, 1970: 55), pero también revistas, informes médicos y psiquiátricos, sentencias y procesos judiciales, diarios o memorias personales (como las de Herculeine Barbin), etc.

Trabajar con esta clase de materiales es trabajar con *discursos*. Discursos *ya dichos* (Recio, 1986: 626), históricamente producidos -en unas determinadas condiciones de selección, control, exclusión-, distribuidos, archivados. Discursos múltiples, específicos, discontinuos, surgidos en diversos escenarios y en determinadas condiciones de posibilidad, que, en combinación, oposición, cruce o mutua ignorancia, ejercen un *poder de afirmación*, un “poder de constituir dominios de objetos, a propósito de los cuales se podría afirmar o negar proposiciones verdaderas o falsas” (Foucault, 1970: 67-68). Hablar de discursos no es, desde esta perspectiva, hablar, como haría un idealismo o nominalismo, de meras palabras, ideas u opiniones flotantes, sino de *prácticas*

⁵ Posteriormente, se ha discutido que esta evolución etimológica que retraza Nietzsche tuviera realmente validez.

discontinuas y específicas que constituyen objetos, verdades, morales, y que se articulan con cuerpos.

Es aquí donde aparece la centralidad que adoptan los discursos en el análisis genealógico, que es inevitablemente también *análisis del discurso*. Tratar con discursos exige al genealogista, según Foucault, combinar a la vez un aspecto *crítico* (más arqueológico) de la investigación, centrado en las “instancias del control discursivo”, los principios de selección, control, exclusión que condicionan su producción (Foucault, 1970: 64, 67), con otro propiamente *genealógico*, que se encargaría de estudiar “las series de la formación efectiva del discurso” (Foucault, 1970: 67) en su *discontinuidad*, en su *especificidad* y en sus *condiciones externas de posibilidad*. Al primer aspecto le correspondería un estilo de investigación caracterizado por la “desenvoltura estudiosa”; al segundo un “positivismo alegre” (Foucault, 1970: 68).

Como vemos, el método de la genealogía huye de las recetas prescritas y de las normas rígidas. No tiene fórmulas de aplicación mecánica, pero no por ello renuncia al riguroso y obcecado estudio de los materiales disponibles. Se distingue a la vez de la especulación “metafísica” y del empirismo positivista de la ciencia moderna, combinando una *mirada* orientada y particular (una perspectiva) –que desecha los principios objetivistas y realistas del positivismo– con una *actitud* positivista a la hora de buscar y rebuscar documentos, analizar discursos. Sólo conserva del positivismo una actitud metodológica.

5. Conclusiones

En el presente trabajo, hemos analizado el proyecto teórico-metodológico de la *genealogía* en Foucault como apropiación singular y desarrollo de la genealogía esbozada en el trabajo de Nietzsche. En la base de sus respectivas aportaciones, encontramos una concepción y una actitud particular hacia la *verdad*. La despojan de su carácter sagrado, incuestionable, esencial e inalterable, anterior a toda historia y la reintroducen en el *devenir* histórico. No hay verdad sino en la historia y por la historia. Pero, además, señalan y denuncian los atropellos de una verdad que no sólo oculta la *otra* cara de lo humano (lo malvado, lo bajo, lo cruel, el embuste, etc.), sino que se ha incorporado, que se ha vuelto *instinto* (la *voluntad de verdad*), principio de exclusión y avasallamiento, y que forma parte de nuestra cultura desde hace siglos.

La *genealogía* se constituye por oposición a la búsqueda del origen de los ingleses, rompiendo radicalmente sus presupuestos. Le interesa lo discontinuo, lo diverso, lo múltiple, lo bajo. Dirige sus ataques a la “esencia” de las cosas, mostrando su estado real de dispersión. No trata la historia como un todo reductible a una finalidad original y más alta. No busca el *origen*, sino el *comienzo*: la *procedencia* del acontecimiento singular en la articulación de cuerpo e historia y su *emergencia*, en su irrupción en un estado de fuerzas, luchas, dominaciones, que se ve modificado por esta entrada.

La genealogía no es historia. Se opone a la historia tradicional de los historiadores y a su punto de vista *supra-histórico*. A ella opone su *sentido histórico*, que disocia lo unitario, muestra el pasado en su dispersión, en su accidentalidad. Reintroduce el *azar* para pensar el acontecimiento. *Mira* de muy cerca y hacia abajo, pero guardando las distancias. Se sabe y reconoce una *perspectiva*, un saber limitado a un ángulo, apasionado, orientado, sin punto de apoyo fuera de sí.

Su método es erudito, estudioso, documental. Tiene el color gris de archivos, sótanos y documentos. Es positivista en su actitud, en su ensañamiento a la hora de apilar y estudiar materiales diversos. Se basa en el análisis de discursos ya dichos, de los principios de selección, exclusión, delimitación que actúan en su producción y distribución, así como las series efectivas y azarosas de su formación en escenarios diversos y múltiples.

Foucault se apropia el proyecto nietzscheano de genealogía para sistematizarlo y dotarlo de un método riguroso. A la vez, lo aprovecha para desligarse de los principios del positivismo, del realismo, del estructuralismo reinantes en su época. Desplaza el objeto de la genealogía de la moral a los discursos en general, a la producción histórica de verdades, objetos y cuerpos en el acontecimiento singular. Con todo ello, genera los medios para un nuevo tipo de aprehensión de la realidad, alejado a la vez de la especulación y del positivismo, y opera un giro (genealógico) en su propia trayectoria de pensamiento.

Sólo analizando la aplicación de estos principios a casos concretos (locura, prisión, sexualidad, escuela, etc.) puede evaluarse la productividad propia de la perspectiva genealógica.

Bibliografía

ÁLVAREZ-URÍA, F. (2008): "El método genealógico: ejemplificación a partir del análisis sociológico de la institución manicomial", en GORDO, A. J. y SERRANO, A. (comps.): *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*, Madrid: Pearson-Prentice Hall.

FOUCAULT, M. (1970): *El orden del discurso*, Barcelona: Tusquets, 2008.

FOUCAULT, M. (1971): "Nietzsche, la généalogie, l'histoire", en *Dits et écrits* (vol. 2, 1970-1975), París : Gallimard, 2001, texto nº 84, p. 136-156.

NIETZSCHE, F. (1873): *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid: Tecnos, 1998.

NIETZSCHE, F. (1887): *La genealogía de la moral*, Madrid: Alianza, 2006.

RECIO, F. (1986): “El enfoque arqueológico y genealógico”, en García Ferrando, M.; Ibáñez, J. y Alvira, F. (comps.): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid: Alianza, Col. Ciencias Sociales, 3ª ed., 2003, p. 625-640.

VARELA, J. y ÁLVAREZ-URÍA, F. (1997): *Genealogía y sociología: materiales para repensar la modernidad*, Buenos Aires: Al cielo por asalto.

